

## MADRID

## TEATRO

# Los científicos de la colina

LA COLMENA CIENTÍFICA  
O EL CAFÉ DE NEGRÍN

Autor: José Ramón Fernández.  
Teatro María Guerrero, sala  
pequeña. Hasta el 14 de noviembre.

JAVIER VALLEJO, Madrid

Las dos Españas educativas. Una, catecismo en mano, la recordamos bien. La otra, la de Giner de los Ríos y los krausistas, fructificó en la Junta para la Ampliación de Estudios universitarios (JAE) de José Castillejo, y en iniciativas pedagógicas como la de Ángel Llorca con el Grupo Escolar Cervantes, cercenadas tras la Guerra Civil. Espectáculos como *La colmena científica* o *El café de Negrín* sirven para hacer memoria y para añadir combustible al debate sobre la educación. Su título se refiere al café canario que el joven doctor Negrín, luego presidente de la República, preparaba en los años veinte en su laboratorio de fisiología de la Residencia de Estudiantes, en compañía de alumnos como el futuro Nobel Severo Ochoa o Francisco Grande Covián.

Quiere el tópico que la Residencia, obra de la JAE, sea sobre todo el hogar madrileño de Lorca, Buñuel y Dalí, pero allí dictó conferencias la crema de la intelectualidad universal, desde Einstein a madame Curie, pasando por Stravinski y Le Corbusier, y funcionaron otros cuatro laboratorios con los que Castillejo, secretario de la JAE, y Santiago Ramón y Cajal, su presidente, pensaban evitar nuestra proverbial fuga de cerebros.

José Ramón Fernández, que ha escrito el texto para conmemorar el centenario de la Residencia, sortea con fortuna el peligro

hagiográfico implícito en este tipo de encargos y evoca las figuras de Cajal, Unamuno, Ángel Llorca, José Moreno Villa y de la maestra Justa Freire con humor y bonhomía, sin alimbararlas. En la puesta en escena de Ernesto Caballero se intuye una tan feliz como poco común simbiosis entre autor y director: aquel ha permitido a este cortar páginas enteras, rebajar el grado de lirismo de ciertos diálogos y eliminar personajes como Curie y Grande Covián, para dejar la historia centrada en la compleja y larga relación que Negrín y Ochoa mantuvieron desde los años de la dictadura de Primo de Rivera.

El escenógrafo Curt Allen Wilmer y Juan Gómez-Cornejo, iluminador, consiguen transformar la pequeñísima y poco agraciada sala de la Princesa, antigua cafetería del María Guerrero, en un espacio cálido y vibrante donde seis actores estupendos dan vida a los residentes, retratados con trazo breve y vigoroso. Cabe saludar la feliz vuelta a la escena de Pedro Ocaña, en el papel de Llorca, y, en especial, la seca retransa, la ironía y la humanidad que destila el poeta pintor Moreno Villa en la interpretación de José L. Esteban.

*El café de Negrín* ofrece con cierto nervio dramático una versión sintética de aquellos días y una visión documental idealizada de aquellos hombres: la hora y pocos minutos que dura no deja tiempo para más. Algunos residentes tuvieron un destino trágico inmediato, otros se exiliaron tras la derrota republicana y otros se amoldaron a lo que vino. España se quedó sin mano izquierda, en espera de reimplante.

# Reunión teatral de personajes de Galdós en clave femenina

Fernando Méndez-Leite dirige 'Galdosiana', una mirada actual a obras del autor canario, en el Fernán Gómez

ROSANA TORRES, Madrid

Incomprensiblemente, el teatro de Benito Pérez Galdós no se representa apenas en España. Una pena porque era un gran dramaturgo al que no estaría mal rescatar con una mirada contemporánea.

Algo así es lo que se ha hecho en *Galdosiana*, obra que se acaba de estrenar en el teatro Fernando Fernán Gómez con dirección de Fernando Méndez-Leite, hombre ligado al mundo del cine durante décadas y actual director de la Escuela de Cine de la Comunidad de Madrid, pero en los últimos tiempos director de teatro.

Lo último que ha dirigido es *Galdosiana*, una original propuesta escénica en la que ha reunido en el escenario a personajes de Galdós, pero de sus novelas *Realidad*, *Doña Perfecta* y *Tormento*.

Para hacerlo no solo se ha servido del mucho oficio de actrices como Fiorella Faltoyano y Cristina Higuera (también productora), sino también de esta versión que ha hecho con "respeto y afición a Galdós, y preservando su esencia". En ella ha tratado de aplicar una mirada actual: "Estoy hasta las narices de cosas pretenciosas y presuntuosas, por lo que he tratado de utilizar otras herramientas, fundamentalmente el humor, para hablar de estos personajes". Méndez-Leite se ha inclinado más por los personajes femeninos, al igual que Galdós: "Son mucho más potentes y además ofrecen una gran vigencia como prototipos".

Las dos actrices protagonistas, que comparten escenario con Am-



Fiorella Faltoyano y Cristina Higuera protagonizan *Galdosiana*.

paro Alcoba y David Sentinella, no solo se convierten en señoras decimonónicas, sino también en mujeres actuales y modernas.

"Eso que dicen de que Galdós era algo misógino no es verdad, de hecho, dotaba a la mujer de conflictos que son muy actuales y la defendía siempre; hoy ha cambiado el ambiente y las formas pero las preocupaciones y las tribu-

laciones son las mismas", señala Higuera, mientras Faltoyano añade: "Diseciona el alma humana con un gran talento y para una actriz el poder hacer tres personajes distintos en una única función es un ejercicio apasionante, pero no solo nosotras tenemos que cambiarnos de traje, el espectador, al que involucramos, también".

# Alta velocidad

ELENA  
MEDEL



Un viajero sale de Madrid a cualquier hora de cualquier día. Pretende desplazarse a Córdoba, por ejemplo, y comprar su billete en la web de Renfe, que solo ofrece dos opciones: AVE en turista —o preferente, o club— o Altaria/Alvia en preferente. A falta de más de un mes se pregunta qué conmemoración planetaria ha olvidado, pues no entiende el motivo de semejante éxodo. No es puente. No es fiesta. No coincide con entrada ni salida de vacaciones. En las otras ciudades-parada no llueven hombres ni euros, no se consideran prioridad en las turoperadoras japonesas. El viajero no comprende nada.

Si una noche de verano este viajero pretende comprar un billete para cualquier hora de cualquier día de otoño —dentro del plazo que Renfe dispone para tan magna hazaña—, se topa con una opción que ya sabe cara, y con otra que no esperaba tanto. El viajero se siente Rodrigo Díaz de Vivar. Siente que posee, en su soledad sonora, las llaves del portón de la historia: la adversidad le vuelve

indestructible. Y es que el viajero, a quien llamaremos K, ha sobrevivido al ascenso y la muda caída de la tarifa de última hora, y ha soñado que las tarifas web o estrella se vendían solo en el Festival de Sitges. K prueba con la fecha siguiente, y la anterior, y la siguiente a la siguiente y la anterior a la anterior, y adivina el día del juicio final, y todas las clases turista de los trenes Altaria/Alvia que en la historia viajan llenas, imponiéndole la bandeja de comida de plástico y el ejecutivo en el asiento contiguo. K vislumbra, frente a su ordenador, cosas que vosotros no creeríais: vagones y vagones de viajeros a Huelva, a Cádiz, a Granada, miles de personas ligeras de equipaje y previendo que dentro de 60 días a las nueve de la mañana, a las ocho de la tarde, cogerán un tren.

Sin embargo, problema. K vive y trabaja en Madrid pero cada cierto tiempo se desplaza a Córdoba, así que el misterioso caso de los Altaria/Alvia le obliga a arrepentirse de su intención primera, y se instala Skype, y graba un mensaje de despedida para su familia, a la que jamás volverá a abrazar, pues intuye algún sobrenatural motivo para que Renfe le impida viajar sin grandes dispendios: el desplazamiento no baja de los 100 euros. Quizá necesite ese dinero por algo que desconoce todavía. Se quedará en paro. Le implicarán en alguna trama con juicio mediático y deberá pagar un abogado

ídem. Recibirá un e-mail de algún rico y perseguido heredero africano proponiéndole un jugosísimo negocio. Trenes abarrotados, cuatro esquinitas tienen sus camas: K piensa con orgullo en los repletos hoteles de España, en los consorcios de turismo. Disculpen el tono gonzo: unas se fingen locas para que las internen en un psiquiátrico y contarle, y yo sudo y sufro y clamo que mi reino por un billete.

Esto es verdad: quien lo probó lo sabe. La semana pasada, tras la queja de un senador y las protestas de la Junta de Andalucía, Renfe achacó a un problema

## El AVE se ha merendado los trenes más asequibles obligando al usuario a refugiarse en el autobús

informático el bloqueo desde verano de la clase turista en Altaria/Alvia entre Madrid y Córdoba, obligando a sus usuarios —muchos de ellos, la mayoría, madrileños de adopción, nacidos allí pero currantes aquí— a viajar en AVE por sus santos auriculares.

La alta velocidad se ha merendado los trenes más asequibles, y ha condenado a quienes no disponen de tanto presupuesto a refugiarse en el autobús —siempre

más lento e incómodo—, o en el fascinante y limitado mundo de las *low cost*, o a no moverse porque hacerlo desbarata los planes. Un conocido se quejaba de que un ida y vuelta Barcelona a Madrid no bajaba, de nuevo y con mucho, de los 200 euros; y las alternativas más asequibles —como el socorrido nocturno— desaparecían sin que nadie se quejara, asumiendo que no queda otra que aguantarse. El dependiente de una tienda explicaba con ilusión que el AVE a Valencia multiplicaría sus sábados en la playa; su gozo en un pozo al escuchar tarifas. ¿Por qué, si no existe otra opción en tren, viajar a o desde Madrid implica empeñar la herencia de la abuela? ¿Quizá precisamente porque no existe otra opción en tren, y aquí quien no corre vuela? ¿Eliminamos la referencia geográfica, y asumimos que viajar en tren y en España, merced a la tiranía de la alta velocidad —o no solo—, es llorar?

Ahí continúa K: abierta la web, su boca también. Pese a que a los pocos días la clase turista de marras aparecía desbloqueada —lo afirmaban las notas de prensa, los políticos—, la operación se denegaba por motivos diversos. Es casi literal y es de chiste. Ignoro si se ha modificado ya, por fin, y en todo caso viajar no será barato, pero sí que no será tan caro. Y mientras tanto ahí continuará K, por los siglos de los siglos, aguardando una oferta hasta cansarse o convertirse en cucaracha.